

ALBERTO GÁRATE RIVERA

Vestigios

de una felicidad jubilada



CETYS Universidad

Lucho Villavicencio, el pensador de potrero, solía decirle a su compadre Liborio Zamora que, durante toda su vida, cargó con esta pregunta: *¿Cómo es que los primeros inmigrantes, y los que llegaron después, no salieron huyendo luego de la primera noche de pleitos rabiosos con la pandilla de moscos que reinaba a mansalva en esta planicie de matorrales y de sol desparramado?*

Era evidente que la historia le ocultaba la explicación, pero los hechos eran contundentes. Entre las polvaredas que levantaba el viento, fueron llegando forasteros atraídos por una tierra que se fue convirtiendo en un campo fértil. La aurora del siglo xx fue testigo de un hecho que la racionalidad y las emociones todavía no terminan de entender a satisfacción: lo que no era, empezó a ser. La ciudad impensada fue parida en un rescoldo del mundo y la desolación le pegó su primera nalgada.

Junto a Lucho y Liborio, Pánfilo Farías, el empresario más audaz que tuvo esta región, vivieron para contarla.

ISBN: 978-607-99265-1-9



9 786079 926519


CETYS
UNIVERSIDAD


EDITORIAL
CETYS
UNIVERSIDAD



VESTIGIOS DE UNA FELICIDAD JUBILADA

Alberto Gárate Rivera



Dr. Fernando León García
RECTOR DEL SISTEMA CETYS UNIVERSIDAD

Dr. Alberto Gárate Rivera
VICERRECTOR ACADÉMICO

C.P. Arturo Álvarez Soto
VICERRECTOR ADMINISTRATIVO

Dr. Jorge Ortega Acevedo
COORDINADOR DEL PROGRAMA EDITORIAL

Vestigios de una felicidad jubilada

D. R. © Alberto Gárate Rivera

D. R. © Programa Editorial del CETYS Universidad,
Instituto Educativo del Noroeste, A. C.,
Calzada CETYS, colonia Rivera s/n,
Mexicali, Baja California, C.P. 21259.
Tel. (686) 557-3700.
www.cetys.mx

Primera edición, mayo de 2021
Primera reimpresión, julio de 2021

ISBN: 978-607-99265-1-9.

Corrección y edición: Néstor de J. Robles Gutiérrez
Diseño e ilustraciones: Óscar Barroso Huertas
Diseño e ilustración de cubierta: Ana Carolina Gárate Carrillo

La presente es una edición de circulación cerrada y exclusiva del CETYS Universidad.
Queda prohibida, sin la autorización expresa del editor, bajo las sanciones establecidas
por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o proced-
imiento, comprendidos reprográfico y tratamiento informático.

IMPRESO Y HECHO EN MÉXICO / PRINTED AND MADE IN MEXICO

Para la extensa familia Gárate Rivera,
que se ha formado de intuiciones.
Su infinito, hecho de palpitos,
apunta con gran fuerza
hacia el futuro.

A Néstor Robles, el corrector
más paciente que conozco.
Nunca me alcanza el agradecimiento.

A Marina Ramírez, sus comentarios
a los relatos iniciales encendieron
una hoguera de nuevas palabras.

A Teresita Higashi, una lectora contundente.
Lo que le gusta la emociona,
lo que no, lo hace a un lado.
Leyó algunos relatos y me exigió el resto.
Aprecio su inteligencia sin diplomacias.

A Óscar Barroso. Compró las frases del primer relato
y se embarcó en una aventura creativa
que no concluyó hasta que editó el manuscrito.

A Doris Becerra, que ha puesto los ojos
en este libro. Lo ve como una promesa
pedagógica. Confíemos en que alcance.

La nostalgia es la felicidad jubilada. Es un haz de alegrías envejecidas, un rostro sonriente al que las arrugas convierten en mueca de melancolía.

—Agustín Basavé

El vestigio no solo es lo que queda de una edificación, lo último que resiste al tiempo, sino también aquellos intangibles que tienen un significado para alguien. Quién más que la memoria para atesorarlos y protegerlos como un patrimonio personal, familiar, o del colectivo. La palabra escrita, como acto, trae al presente, al modo de quitar las cenizas que los cubren, los vestigios de una felicidad jubilada.

Los vestigios de una ciudad como esta no hay que buscarlos en los edificios, sino en el carácter de un inmigrante que tuvo que inventarse la vida desde las bocanadas de lumbre que exhala el desierto.

—Alberto Gárate

CONTENIDO

-
- I. La ciudad que no existía, 13
 - II. El bragado odio de la juventud, 25
 - III. La ciudad que no se ahogaba en el lodo, 41
 - IV. La migra y el canal de la línea divisoria, 53
 - V. Un corazón sin abrazos, 67
 - VI. Los muertos congelados, 81
 - VII. Un pedazo de tierra
y el principio de una felicidad jubilada, 93
 - VIII. Yo digo que no vuela, Lucho, 107
 - IX. El *pinacate* y un hilo de la felicidad, 119
 - X. La noche del estruendo, 133
 - XI. Cómo se defiende la honra, 147
 - XII. El infinito cabe en los vestigios, 161
 - Epílogo:** La ciudad que vieron existir, 177

I. LA CIUDAD QUE NO EXISTÍA





“

La ciudad que no existía era un grano de arena en el desierto.

La ciudad que no existía era un grano de arena en el desierto. Flotaba en las incandescentes burbujas de vapor que creaba un sol imperial. Casi nada la identificaba, salvo tres rasgos impensables: una tierra como plancha ancha, sin horizontes, donde la vista no encontraba un punto que la detuviera; esa misma plancha desprovista de sombras, pues la habitaban solo los chamizos, matorrales espinosos típicos de las zonas semiáridas y escasas edificaciones; un calor seco, despiadado, que iba carcomiendo los cuerpos sin bañarlos de sudor, un calor de inframundo.

Pánfilo Farías la pisó por vez primera en 1919, o quizá en 1920. Llegó con su familia a este llano emulando a los primeros pobladores. Tenía 10 años y a esa edad no cabía preguntarse cómo vivía la gente en ese sitio de aires que vaporizaban. Lo hizo una década después, cuando de los enormes huecos que mostraba la línea divisoria entre Mexicali y Calexico, él vio una oportunidad. Su proceso de reconversión se fue dando al transitar el tiempo, al momento en el que sus pasos salieron del patio de su casa y ganaron la banquetta, luego la acera de enfrente, después la otra calle.

En esa tarea de hacer crecer su territorio, conoció a Lucho Villavicencio, un vagabundo de caminatas extremas, poeta e intelectual que se adelantó a su época escudriñando la historia. Acaso el más brillante y, a la vez, el más desidioso y poco productivo. Un pensador de potrero, bronco, nada refinado. Nunca leyó a Cervantes Saavedra, ni a Kant y los filósofos alemanes del siglo XIX, pero tenía un pálpito de intuiciones con las que explicaba casi

todas las cosas. Había llegado a esta parte del desierto en 1907, un poco después que los primeros pobladores, sin haberse jubilado de la infancia. Su padre trabajó en una de las minas localizadas en El Triunfo, Baja California Sur, hasta que los vientres de las montañas avisaron que el oro y la plata estaban por agotarse. El padre, un aventurero contumaz, se le ocurrió que el inicio del siglo ameritaba nuevos retos, así es que, sin más palabras que las necesarias, le dijo a su mujer: *Regálale las chivas a tus hermanas. Nos vamos para la frontera*. Emigraron al norte con un espejismo en las maletas: los valles que se veían desde lo alto de La Rumorosa, el conjunto de picos más conocido de la Sierra de Juárez, estaban pariendo diversos tipos de fortunas. Al llegar se acomodaron por ahí, en un terregal que era de todos y de nadie. Lucho se acostó la primera noche viendo un cielo al que resultaba imposible contarle las estrellas. Ese signo del mundo lo marcó y siempre que pudo durmió a la intemperie, cuadriculando ese lienzo abovedado al que no perturbaba luz artificial alguna. *¿Quién tuvo la paciencia universal de cincelar tantas luces en ese pizarrón oscuro? El infinito sí existe, son las noches de este pueblo*, solía decir cuando se contagiaba del misterio de los planetas.

Al siguiente día salió a explorar el territorio. Pronto dio con algo que no buscaba: una maestra, la profesora Mercedes Carrillo, y un grupo de niños guarecidos bajo la sombra de un mezquite. *Ven y acomódate por allí, en aquel rincón. Mañana te traes un banco*, le dijo Mercedes apenas lo vio. Menos de un lustro ocupó un pupitre, primero en esa escuela que era tal por las enseñanzas de ella, y no por el pizarrón y los mapas que no tenían dónde colgarse, y después en una ramada levantada con troncos de ese árbol y paredes de adobe y cachanilla, no menos precaria. Suficiente ese rumor de escuela para aprenderle a aquella mujer de apostolados. Ella le envenenó la imaginación y él fue y vino por mares, montañas y ciudades exóticas. Aprendió a de-



fenderse mejor en el mundo con el conocimiento de los números, las letras, la historia del país y el amor por la patria.

Mercedes Carrillo fue la pionera de una profesión que apenas cabía en un sitio que se estaba inventando una forma de vida ligada a la tierra. Un ingeniero agrónomo o un inventor que construyera una cápsula acondicionada con un aire fresco, hubiese merecido una temporada festiva. Sin embargo, un maestro que enseñara a escribir a los niños y que les mostrara un halo del mundo distinto a ese que estaba en embrión, no levantaba salvas honoríficas. Algo tenía aquella muchacha, algo que poseen los que perciben en los pequeños lo que los adultos no son capaces de ver. De alguna manera, las capacidades que se requieren para enseñar la forma que tienen los números, y las verdades que estos esconden, lo había aprendido de su padre, un comerciante viajero que emigró con su familia de Sinaloa a Ensenada, Baja California, a finales del siglo xix. Mercedes apenas había aprendido a caminar cuando respiró el olor del océano Pacífico. Al ir creciendo, el conocimiento se paseaba por las habitaciones de su casa convertida en tienda de abarrotes y de comercio en general. Las restas y las divisiones, los gramos y los kilos, se integraban a su memoria y a sus juegos en el patio.

A principios del siglo xx, el padre de Mercedes olfateó, lo mismo que el de Lucho, la oportunidad en un valle donde el agua empezaba a transformar lo que no tenía valor, en un emporio económico. Entonces subió los tiliches a una vieja carreta e hizo el viaje a Mexicali. *Con el favor de Dios, allá haremos fortuna*, le dijo a su esposa cuando cerraron el portón de la casa que habían habitado poco más de tres lustros. Mercedes llegó más provista que otros inmigrantes. Había terminado la primaria y estudiado comercio por correspondencia. Mientras su padre y su madre se

dedicaban a rotular un cartelón que anunciaba la nueva tienda de los Carrillo, ella se encontró con una parvada de chamacos tan llaneros como ignorantes de las letras. Una y otra vez los veía corretear por las anchas calles de un poblado con siluetas de polvo, hasta que se convenció de que algo debía hacer, al menos para intentar bosquejarle tres muescas al destino. Decidida, creó la primera escuela. *Estás loca, hija, ayúdame mejor en la tienda*, le insistía su padre. Por fortuna, el hombre no la obligó y ella no desistió de esa empresa quijotesca. A los años vio llegar a Lucho a su escuela de fantasías. A los dos días de conocerlo, supo de su brillantez. A los meses descubrió que tal inteligencia lo haría vivir bien, pero nunca sería el primer científico que diera esta región que todavía no fabricaba a sus héroes.

Transitaba Lucho por la juventud tardía cuando conoció a Pánfilo. La sagacidad precoz del adolescente lo cautivó y muy pronto lo hizo socio de sus aventuras. Lo mismo se metían por callejones y lo hacía pelear por unas monedas, que le ponía un bigote postizo para que pareciera de 18 años cuando apenas tenía 15 y con ello pudiera entrar a las cantinas. El afecto de Pánfilo por ese hombre que tenía el color del polvo del desierto no tuvo igual. Desde la primera lección le dio un pasaporte consanguíneo: lo convirtió en el tío Lucho.

—Llegaste a un poblado que no existía —le dijo Lucho alguna vez que tomaban cerveza en El Tecolote, la cantina más famosa de las primeras décadas del siglo xx.

—¿Cómo un poblado puede no existir y ser poblado, tío Lucho?

—Como este sitio sin aventura, Pánfilo. —Dejaba las palabras encima de la barra deshabitada a esa hora de la tarde. Los campesinos que laboraban para la Colorado River Land Com-



pany, todavía no concluían su jornada. Luego, cuando le saltaba el dato histórico, la retomaba. Pánfilo ya era presa de la trampa.

¿De dónde viene esta ciudad? ¿Cuándo aprendió a respirar? ¿Quién dijo que en esta tierra de desesperanza se le podía sembrar la esperanza como si fueran matas de algodón? ¿Quién sucumbió a un sol devastador y a un suelo que tenía de todo, menos árboles donde guarecer los sueños? Ciertamente que esta región fue mucho más compleja que los imaginarios de una campaña publicitaria de principios del siglo xx, la cual sostenía que, después del cielo, este era el nuevo paraíso.

Pánfilo se hizo en la calle más que en los patios de las escuelas a las que sus padres lo inscribieron en la vecina ciudad de Calxico. Lo único que aprendió de ellas fue a leer, escribir y hablar inglés. Esto último le fue vital en la edad adulta. La historia y la geografía le interesaron muy poco y con los números hacía malabares, cual mago que aparece de la nada a la paloma blanca. En las calles polvorientas de esa ciudad sin trazo supo lo que era negociar, perder, ganarlo todo. En sus callejones se peleó decenas de veces. El tío Lucho le decía con quién ponerse los guantes de box y a quién correrle. Ganaba Pánfilo unos cuantos moretones en el rostro y el tío Lucho unas monedas por haberle apostado al vencedor. Luego regresaban a El Tecolote y el intelectual de otra época trazaba imaginarios para esta ciudad de siluetas embrionarias.

—Este México desolado, buen Pánfilo, siempre estuvo a merced de la voracidad económica de los gringos. Si uno de tus profesores te dice que primero se pobló Mexicali y después el Valle Imperial, te estarán diciendo una mentira. Acá no existía ni una ni otra cosa, solo el río Colorado que bufaba de tanta agua que traía. A un visionario se le ocurrió canalizar esa furia de la naturaleza y así nacieron los valles agrícolas de la región. Muchos millones de dólares valen, Pánfilo, muchos. Y esos de la

Colorado River Land Company, los dueños de apellidos raros, son los que se llevan la gran tajada. Es la historia de la humanidad que aquí se ve clarita: los fuertes aprovechándose de los débiles. Capitalismo rapaz.

Pánfilo ponía cara de entender muy poco. Solo lo ataba la pasión con la que el tío hablaba, y las cervezas que se tomaba mientras el hombre hacía poesía con las palabras.

—Mexicali, chamaco, va a crecer hasta desbordarse más allá de los canales. Pero siempre habrá que recordar que nació con la improvisación en el vientre del desierto. Fue un hijo no planeado, no querido, que empezó a cumplir una función de contrapeso a las ciudades de aquel lado de la frontera, en particular, Caléxico y El Centro.

La ciudad no existía y Pánfilo se hacía de ella, de lo poquito que era. A los 18 años la escuela solo era un recuerdo y a los 20, supo que este sitio de escasos pinos salados y de muchos álamos que disputaban con la cachanilla la humedad de los canales, le guiñaba un ojo a los atrevidos. Las cantinas que frecuentaba con el tío Lucho comenzaron a llenarse con clientela del Valle Imperial. Decenas de hombres sedientos, agricultores, mecánicos, albañiles, cruzaban la frontera diariamente, a excepción de los lunes que, para fines del relajo, nunca fue un buen día para tomar cerveza, tequila y whisky que no se vendía en California. La Ley Seca explotaba en los tugurios semivacios de Calexico, Heber, Brawley, El Centro, y las cantinas de este lado hacían su agosto.

Una noche de noviembre, cuando el algodón se acumulaba en grandes montañas a manera de nubes blancas en las empresas agroindustriales de la región, Pánfilo caminaba por una calle del centro de la ciudad. De pronto ve una turba de mujeres que salían de la oscuridad como fantasmas colgados de unas antorchas encendidas. Venían de Calexico y poblados aledaños,



con el fuego en la mirada y en las manos. Estaban hartas de ver cómo sus hombres se cruzaban para México con la cartera llena de dólares, y regresaban alcoholizados y olorosos a sexo barato que compraban en los bares de la ciudad y sin una moneda en los bolsillos. Resueltas a recomponer sus vidas, nadie las detuvo. Ellas dejaron de respirar con el miedo y el coraje agitado hasta que vieron crecer las llamas. Un monstruo incendiado se comió a mordidas de coyote hambriento una cantina destartalada. Cobijado por la penumbra en una esquina distante, el muchacho lo vio todo. Lo sorprendió la voracidad del fuego, aún más la determinación de aquel enjambre de féminas que estaban dispuestas al alto riesgo para proteger lo suyo. *Vaya desmadre que han armado*, se dijo apenas se disipaba el humo con olor a madera podrida.

—Aquí hay negocio, tío Lucho —le dijo Pánfilo al vuelo, dándose vuelta en la barra del Bar Gambrunis, apenas finalizado el relato sobre las damas pirómanas.

—Así es, viven las cantinas de Mexicali una época de prosperidad.

—No me refiero a eso, tío, hay otro tipo de negocio. ¿Por qué vienen los gringos a tomar aquí? —El muchacho no esperó la respuesta—. ¿Y si alguien les lleva el licor para allá? Con las mujeres incendiando cantinas cada que se les meta el diablo al cuerpo, ya no van a venir. Si pensamos ingenuamente que toda esa gringada ya no va a tomar licor, como que no cabe esa idea en esta fiesta, ¿no cree?

A Pánfilo le gustaba mucho el dinero. Le atraía el comercio y sacar provecho de ello. Compraba ropa barata en las tiendas y remates de las ciudades fronterizas de California, incluyendo San Diego; la pasaba como fayuca al lado mexicano, sin importar, y luego iba con los campesinos y agricultores del valle de Mexicali a venderles un pantalón, una camisa o unos zapatos, al doble o triple de su costo. Aún con ello, su capital no crecía

como él esperaba porque, dada la condición paupérrima de los jornaleros agrícolas, muchos le compraban en abonos y no le pagaban.

Lo que vio fue la oportunidad de comerciar a la inversa. La idea estaba cargada de ingenio lo mismo que de una estresante peligrosidad. Compraría tequila o whisky en Mexicali, a un dólar la botella, y la pasaría de contrabando a Calexico para venderla en dos dólares. *Cash, tío, cash*. El muchacho invirtió su capital y amparado en las largas sombras de las noches oscuras y frías del otoño mexicalense, se cruzaba por uno de los múltiples agujeros del endeble cerco que fungía como línea divisoria de ambos países. Estando en territorio norteamericano y con la carga intacta, primero una caja, a la semana siguiente dos o tres más. Sabía a dónde ir y a quién alborotar con su mercancía prohibida. Para comerciar tenía que hacer concesiones y lo sabía. A los primeros que había que cambiarles la mirada cuando pasara muy cerca de la puerta de entrada a Calexico, era a los vistas o aduaneros mexicanos. Así lo hizo. Las ganancias se multiplicaban y esa pequeña fuga de dinero no representaba una merma significativa en su capital.

El tío Lucho, el pensador de potrero, el hombre que llegó a la tierra de los polvos que mordían los ojos en los albores del siglo xx, noche a noche veía a Pánfilo cruzar las cajas de licor de contrabando. Lo observaba desde lejos pues nunca quiso ser su cómplice. Y no era que su moral la perfumara con esencias, en realidad el hombre no se casaba con nadie, mucho menos con el dinero. Pensaba, cada que el muchacho regresaba del peligro inminente forrado de dólares y con una ambición más afilada, en las cosas de la vida que siempre le inquietaron: ¿por qué no se habitaron los valles de Mexicali e Imperial? Se hacía la pregunta y él mismo se contestaba: porque a un desierto no le entran los humanos con facilidad. El calor sofocante y los vientos que no



tienen caminos ni veredas, no son buenos para el ánimo. Los primeros colonos llegaron al Valle Imperial en 1902, ¿qué sintieron y qué pensaron esos hombres y mujeres que arribaron en caravanas, montados en caballos y con su poca fortuna auestas? Calor sofocante, suelo sin vida, cielo sin sombras y tierra volando sin confines. Lo mismo que su familia sintió unos años después.

Una noche particularmente fría y oscura, Pánfilo regresó de vender su mercancía. Vio a Lucho en una de las aceras de la avenida que desembocaba en la línea. Lo esperaba sentado en cuclillas, como hacía con frecuencia. *Vamos a El Tecolote a tomar-nos una copa de whisky*, le dijo. Lucho lo siguió. Pánfilo estaba particularmente eufórico. *Gané 600 dólares, tío Lucho, mi mayor venta en este negocio*. Se ambientaron pronto. En la cantina reinaba la algarabía pues más de un agricultor traía la cartera forrada de billetes. La doble barra del lugar está atestada, incluso de mujeres encopetas y de hombres con tejanas lujosas. La cosecha había sido buena y eso se traducía en mucho dinero. Entre las historias reales e inventadas, Pánfilo se enganchó con uno de ellos, primero jugando al cubilete y luego a la baraja. Picados por el alcohol, llegaron a la insensatez. *Veamos qué tan macho eres*, le dijo el sembrador de algodón. *Juguemos todo el dinero que traemos en un volado*. El muchacho se picó con la apuesta y la subió a mil dólares, que era todo lo que tenía. La expectativa fue muy grande y el ruido de colmena de abeja que caracteriza a una cantina llena de clientela, cesó. *No apuestes, Pánfilo, es todo lo que tienes y te ha costado mucho*, le susurró Lucho. El mundo entero se concentró en una moneda de plata, reluciente y veleidosa. Ya no había espacio para consejos oportunos. El artefacto, dios del azar en ese momento, voló escuchando el susurro de la fortuna y, al caer, Pánfilo vio volar sus mil dólares. Entregó lo que traía y prometió cubrir el resto al siguiente día. Acto seguido, se acomodó el sombrero y jalando del brazo al pensador que

seguía en *shock*, le dijo: *Mañana habrá mejor suerte, tío*. Luego se fue a la barra y pidió una botella de whisky.

Apenas una década después de haberle enseñado a caminar, Lucho lo perdía, se le iba de las manos. Veía que un mexicano amasaba una fortuna desde la clandestinidad y así, con una facilidad grosera, la perdía en una apuesta. El muchacho se destetaba cual potrillo brioso que tiene toda la pradera para hacerla suya. El tío se puso la chamarra y salió de la cantina. Mientras daba pasos adentrándose en la oscuridad, pensaba que la ciudad que no existía había empezado a existir, y mucho temía que tendría, para los años por venir, esa esencia de los pueblos del oeste norteamericano. Pánfilo y otros osados serían los dueños. Estaba en proceso la construcción de las ruinas. Muchos lustros después, algún Lucho moderno interpretaría los vestigios.